



María Teresa Olalde Ramos (UAM-A)

ORCID: [0000-0002-2853-6515](https://orcid.org/0000-0002-2853-6515)

Consuelo Córdoba Flores (UAM-A)

ORCID: [0000-0001-7970-450X](https://orcid.org/0000-0001-7970-450X)

Espacio de relaciones. Una visión sobre un fenómeno complejo

Capítulo 1, páginas 47-74

En:

Tejiendo diálogos. Reflexiones contemporáneas sobre la expresión y el sentido / Olivia Fragoso Susunaga, María Teresa Olalde Ramos & Gustavo Garduño Oropeza, Coords. Ciudad de México: Escuela Nacional de Antropología e Historia; Casa Editorial Analéctica, 2022.

Primera sección: Condiciones emergentes de organización y sentido.

ISBN: 978-987-88-7230-8

Relación: <http://hdl.handle.net/11191/9867>



Universidad Autónoma Metropolitana
Unidad Azcapotzalco



División de
Ciencias y Artes para el Diseño



Departamento de
Investigación y Conocimiento



Excepto si se señala otra cosa, la licencia del ítem se describe como

Atribución-NoComercial-SinDerivadas

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

1. ESPACIO DE RELACIONES. UNA VISIÓN SOBRE UN FENÓMENO COMPLEJO

Dra. María Teresa Olalde Ramos

Dra. Consuelo Córdoba Flores

Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco

Introducción

Debido a que el espacio forma parte de la existencia humana, en el curso de la historia se han gestado numerosos conceptos y acepciones polisémicas y complejas e incluso contradictorias. Sus concepciones han versado desde la categorización de vacuidad, de sustancia como entidad abstracta imposible de observarse objetivamente; o bien, sobre la noción de continente de todos los objetos materiales; hasta las nuevas incursiones disciplinarias que lo definieron como construcción social, reconociéndose como algo tangible y presente en los fenómenos sociales.

El estudio del espacio urbano como fenómeno complejo adquiere relevancia cuando es visto desde un enfoque socioespacial, entendido como un elemento indispensable en la organización de los individuos, razón por la que se puede afirmar que el espacio es relaciones. Por esta razón, y desde la óptica de la transdisciplinariedad, los espacios físico y conceptual se vuelven una unidad susceptible de ser estudiada desde una reflexión teórica conceptual sobre las relaciones en el espacio y la complejidad.

Ante esta complejidad, las interrogantes medulares sobre el espacio versan sobre las distintas dimensiones que lo conforman, es decir, desde su materialización, los individuos, la historia, la política, la

cultura y desde el universo simbólico, para entender su conformación, transformación, percepción, apropiación y representación como pilares de los procesos sociales. Con esta diversidad de enfoques que lo evidencian como un fenómeno complejo, se puede decir que su estudio necesariamente tiene que ser visto desde la transdisciplinariedad.

La comprensión de los aspectos objetivos y subjetivos del espacio depende, en gran medida, de las relaciones del sujeto y su capacidad de percibirlo, o sea, de captar a través de su propio equipo sensorial las impresiones producidas por los diferentes estímulos externos y todo el proceso cognitivo que se desata de ellas, implicando aspectos como: la memoria, la identidad, la apropiación y significación del espacio, así como la formación de imaginarios¹, entre otros.

En este trabajo se expone una serie de reflexiones sobre diversas relaciones de coexistencia entre los distintos elementos físicos y conceptuales contenidos en el espacio y su interacción con los sujetos que lo habitan o transitan. El objetivo es mostrar al espacio de relaciones como un fenómeno complejo que tiene que ser estudiado a través de la transdisciplinariedad, visto desde los distintos niveles de percepción, apropiación y significación. En aras de explicar al lector la relevancia de analizar un fenómeno complejo desde el cariz de la transdisciplinariedad, se retoman conceptos del espacio, del individuo y su cenestesia con el espacio edificado y los objetos, para después tratar las relaciones de coexistencia como generadoras de prácticas espaciales y significación.

¹ Se refiere al lugar que ocupa la ciudad en la mente de los sujetos. Es la imagen cognitiva que tenemos de los espacios, historias, experiencias, sujetos, comunidades y voces que hacen la ciudad: su construcción mental. El imaginario urbano cruza los distintos planos temporales y territoriales.

Una travesía sobre la transdisciplinariedad y la complejidad

Los aspectos epistemológicos desarrollados por Basarab Nicolescu (2006) y Edgar Morin (1996) sobre la transdisciplinariedad y la complejidad nos muestran una manera diferente de concebir y estudiar los fenómenos, analizándolos desde distintos ángulos y teniendo como principal premisa la unidad del conocimiento. Nicolescu (2006, p.17) nos explica que el uso de la palabra “trans” no es gratuito, y que es a partir de su larga trayectoria de práctica en la física cuántica que llegó a reflexionar sobre los límites del conocimiento disciplinario y la importancia de trascender, dando pie a que este pensamiento puede repercutir no solo en las ciencias exactas sino también en la vida cultural y social, en la cual es relevante la actuación del sujeto.

La transdisciplinariedad comprende, como el prefijo “*trans*” lo indica, lo que está, a la vez, entre las disciplinas, a través de las diferentes disciplinas y más allá de toda disciplina. Su finalidad es la comprensión del mundo presente, y uno de sus imperativos es la unidad del conocimiento. (Nicolescu, 1996, p. 37)

El mismo autor (Nicolescu, 2006, p. 17) dice que el significado “más allá de las disciplinas” nos lleva a un espacio fabuloso de nuevo conocimiento y que para entender mejor el concepto es necesario definir otros conceptos con los que se pudiera confundir, por lo cual nos hace una detallada diferenciación entre ellos. La “*multidisciplinariedad*” se refiere el estudio de un tema se hace desde enfoques de las diferentes disciplinas, sobrepasando fronteras, sin embargo, su marco de investigación se mantiene en la misma acción disciplinaria. A la “*interdisciplina*” se le identifica por la transferencia de métodos de una disciplina a otra, igualmente lo hace sobrepasando las fronteras disciplinarias, pero su meta sigue

manteniéndose en la investigación disciplinaria. Finalmente, define a la “*transdisciplinariedad*” como todo aquello que se encuentra entre las disciplinas y/o a través de diferentes disciplinas y más allá de toda disciplina, y su meta es la comprensión del mundo a través de la unidad del conocimiento, teniendo como uno de sus principales objetivos la solución de problemas complejos en los que siempre estará presente el sujeto humano.

El mismo autor describe distintos tipos de transdisciplinariedad: una teórica, una fenomenológica y otra experimental. Haciendo una crítica constructiva a la ciencia hegemónica, establece tres principios que permiten comprender las relaciones complejas que suceden entre los sujetos y los objetos, dejando atrás la visión de continuidad, progreso, determinismo y objetividad utilizada en la ciencia de la física clásica. Para esto propone tres axiomas con los que se puede reflexionar en el estudio de un fenómeno complejo:

- i. El axioma ontológico: en la naturaleza y en nuestro conocimiento de la naturaleza existen diferentes niveles de Realidad y, correspondientemente, diferentes niveles de percepción.
- ii. El axioma lógico: el paso de un nivel de Realidad a otro es asegurado por la lógica del tercero incluido.
- iii. El axioma de la complejidad: la estructura de la totalidad de niveles de Realidad o percepción es una estructura compleja: cada nivel es lo que es porque todos los niveles existen al mismo tiempo.

Los dos primeros axiomas obtienen su evidencia experimental de la física cuántica, pero van bastante más allá de las ciencias exactas. El último tiene su fuente no solo en la física cuántica, sino además en una variedad de otras ciencias exactas y humanas. Los tres han estado, en acuerdo al pensamiento tradicional, presentes en la Tierra desde el inicio de los tiempos (Nicolescu, 2006, pp. 22-23).

Por otro lado, Morin (1996) dice que para conocer la complejidad hay que conocer el paradigma de la simplicidad que pone orden al universo y persigue el desorden, estableciendo leyes y principios. Lo explica de la siguiente manera: “La simplicidad ve a lo uno y ve a lo múltiple, pero no puede ver que lo Uno puede, al mismo tiempo, ser Múltiple. El principio de simplicidad o bien separa lo que está ligado (disyunción), o bien unifica lo que es diverso (reducción)” (p. 55). Asimismo, explica a la complejidad a partir de la organización utilizando los conceptos de orden y desorden, sin necesariamente descartar el desorden dentro de una organización, considerando que a veces es necesaria su existencia, lo que lo convierte en un fenómeno complejo. En el [video 1](#), Morin lo explica con sus propias palabras.

Las teorías de la Complejidad y de la Transdisciplinariedad, así pues, tienen como objetivo la búsqueda de conocimiento a través de la interacción con otros campos cognitivos, así como la aceptación de las otras formas de conocimiento. Al respecto, Morin (1996) dice que “el pensamiento complejo está animado por una tensión permanente entre la aspiración a un saber no parcelado, no dividido, no reduccionista, y el reconocimiento de lo inacabado e incompleto de todo conocimiento” (p. 11). [\(video 2\)](#)

El pensamiento complejo busca el desarrollo de nuevas estrategias para enfrentar el mundo, teniendo la capacidad de reconocer lo anormal, lo singular y lo concreto, para lo cual debe hacer distinciones, establecer categorías, diseñar lógicas alternativas y nuevas formas gramaticales que le ayuden a la comprensión del conocimiento. Construyendo nuevas herramientas metodológicas de pensamiento, como lo es el caso del principio dialógico, en el cual están presentes dos lógicas antagónicas con ideas y principios que se excluyen

mutuamente pero que son inseparables y complementarias dentro de una misma realidad o fenómeno.

Los distintos niveles de Realidad propuestos por Nicolescu (1996, pp. 20-24) se hacen presentes en las distintas relaciones e interacciones entre sujeto-objeto. A partir de ello, el pensamiento complejo propuesto por Morin puede ser visto como un cambio de racionalidad por el cual el sujeto intenta complejizar el pensar sobre la complejidad para que ésta, al mismo tiempo, pueda dirigirse hacia aquello que no cabe en las estructuras del conocimiento funcional, dando pie para que quien piensa pueda convertirse en el centro de atención del mismo pensamiento.

Estudios socio semióticos sobre identidades urbanas nos han llevado a reflexionar sobre la relación sujeto-objeto, en la cual el sujeto identifica su espacio e interpreta su sentir. Esto visto desde un enfoque ontológico permite puede asumir que los habitantes de un espacio social adquieren el carácter de *Sujeto Transdisciplinario*, cuya actuación a través de los distintos niveles de Realidad la lleva a cabo en una realidad en donde el conocimiento no es exterior ni interior, es simultáneamente ambos.

...el significado simbólico del espacio es desarrollado por las personas mediante dos aspectos: la relación con los objetos que conforman el espacio cotidiano (lo otro) y la relación con otros individuos que a su vez utilizan dicho espacio (los otros). De este proceso dialéctico deriva la experiencia que se mantiene en dicho espacio y que crea los lugares simbólicos que conforman y refuerzan la identidad de sus habitantes (Moreno & Acosta, 2015, pp.12-13).

Como una contrapropuesta a la lógica clásica, Nicolescu expone la lógica del Tercero incluido, considerada como una lógica de complejidad que abre la posibilidad de análisis desde distintos

campos de conocimiento que no son precisamente las ciencias exactas, sino otras disciplinas como la comunicación, la cultura, la política, etc., permitiendo cruzar entre los distintos niveles de Realidad. Por otro lado, considerando al tiempo como un nivel de Realidad, dice que “Debemos acostumbrarnos a la coexistencia paradójica de la reversibilidad y de la irreversibilidad del tiempo, uno de los aspectos de la existencia de diferentes niveles de Realidad. El tiempo está en el centro de nuestra vida terrenal” (Nicolescu, 1996, p. 25).

A partir de lo anterior, se puede explicar cómo es que dos términos de distinta naturaleza o disciplina pueden conformar al Tercero incluido, esto es debido a que dialogan en distintos niveles de Realidad en donde son contradictorios y a la vez simultáneos, transitando de un nivel a otro, construyendo una unidad más grande que los incluye, porque durante la interacción entre sujeto-objeto existe un espacio intermedio considerado una zona de no-resistencia que da pie al Tercero incluido, y este cambio en la lógica ha permitido mayor apertura a la comprensión de los fenómenos sociales y culturales vistos desde la complejidad. En los videos 3 y 4, Nicolescu explica el concepto y lo ejemplifica ([video 3](#) y [video 4](#)).

Nicolescu (2006, pp. 20-21) dice que es necesario romper las fronteras disciplinares para comprender el complejo tejido de interacciones que existen entre el sujeto-objeto en el espacio social, observando los distintos niveles de Realidad que pueden ser interpretados a partir de diferentes niveles de percepción realizados desde lo cultural, lo económico, lo político, lo histórico y, en su caso, desde la comunicación, cuando se perciben a través desde diferentes lenguajes en los cuales son representados, haciendo obligado el diálogo entre distintos campos cognitivos.

Por otro lado, desde la óptica de la comunicación es posible reconocer al espacio como un universo semiótico textual en el que distintos textos y lenguajes se conjugan dentro de un *continuum* semiótico ubicados en distintos niveles de organización, haciendo posible la realización de los procesos comunicativos dentro de una “semiosfera” descrita por Lotman, (1996); o sea que en el análisis y el estudio del espacio se entretujan distintos actos comunicativos por los cuales entran en juego la percepción de sus habitantes y, a partir de un acto dialéctico, se construye algo como parte de la cultura del sitio.

Se puede considerar el universo semiótico como un conjunto de distintos textos y de lenguajes cerrados unos con respecto a los otros. Entonces todo el edificio tendrá el aspecto de estar constituido de distintos ladrillitos. Sin embargo, parece más fructífero el acercamiento contrario: todo el espacio semiótico puede ser considerado como un mecanismo único (si no como un organismo). Entonces resulta primario no uno u otro ladrillito, sino el «gran sistema», denominado semiosfera. La semiosfera es el espacio semiótico fuera del cual es imposible la existencia misma de la semiosis. (Lotman, 1996, p. 12)

De acuerdo con Haidar (2005, pp.110-112), existen distintos niveles de funcionalidad semiótica: cultural, comunicativo, cognitivo, artístico, emocional, entre otros; a partir de esto se puede considerar que dentro del análisis semiótico del espacio de relaciones, los elementos contenidos dentro, al ser percibidos como signos que bien pueden ser vistos a través de distintos enfoques desde la percepción, su función sintáctica en la representación y su interpretación semiótica al tener un significado y, finalmente, en lo pragmático que se encuentra presente en la funcionalidad utilitaria y comunicativa.

Los sitios identitarios del espacio vistos desde la complejidad en donde intervienen las distintas teorías de concepción, comunicación

y percepción del propio espacio, pueden ser identificados como un fenómeno subjetivo muy complejo que se construye simbólicamente en la interacción dialógica entre lo sujeto-objeto y el mismo espacio. La concepción de espacios no tangibles, que son construidos en las imágenes mentales de los sujetos, elaboradas a partir de las sensaciones percibidas a través de los distintos órganos sensoriales y que son interpretadas por ellos mismos, crean una realidad alterna de sitios identitarios.

Es importante considerar a la comunicación como un aspecto definitivo sobre los imaginarios urbanos que son capaces de develar cuestiones de identidad de los habitantes basada en el conjunto de valores, tradiciones y formas de vida, y que les ayuda a generar su sentido de pertenencia.

Espacios tangibles, objetos y el cuerpo como mosaico de sensaciones y significados

Los antiguos filósofos sustentaron sus grandes aportes sobre la obtención del conocimiento basándose en la naturaleza de la percepción que se genera con la experiencia sensorial, como el primer contacto del cuerpo con su ambiente mediante los órganos de los sentidos a través de los cuales detecta y codifica todo lo que está en su entorno, lo cual, a través de procesos psicológicos, es organizado e interpretado, otorgándosele significado. De esta manera, sensación y percepción son procesos unificados e inseparables. Es entonces que, en el espacio, el cuerpo percibe desde su propia cenestesia, hasta las múltiples y variadas imágenes o sensaciones externas mediante la vista, el olfato, el oído, el gusto y el tacto. Aristóteles fue uno de los primeros filósofos en sostenerlo.

Por lo tanto, al ser el espacio la conciencia inmediata de la experiencia sensorial como algo presente entre el cuerpo y los objetos, estos antiguos filósofos también trataron de definir el espacio, relacionando su concepto con las ideas de del *ser* y del *no ser*, o bien, de lo *vacío* o de lo *lleno*. Así, por ejemplo, para Parménides el espacio lo comprendía todo; Leucipo y Demócrito sostuvieron que el *ser* es posible de dividirse en pequeñas partículas (a las que les nombraron átomos) y el infinito como vacío; Platón lo concibió como un contenedor universal (*khora*); Aristóteles, como lugar que envuelve a un cuerpo (*topos*), negando el vacío.

Entre nuestros esquemas de comportamiento y la percepción de los estímulos del espacio existen diversos procesos cognitivos por los cuales nuestra memoria crea símbolos que influyen en las actitudes, es decir, existen organizaciones de los signos en relación con nuestra experiencia, reconociéndose que existen vínculos entre el hombre y el espacio, de manera que la percepción es simbólica (Leff et al., 1974, pp. 396-397, 399).

Por consiguiente, la percepción espacial va más allá que su morfología, el espacio o el lugar (*locus*), como mayormente lo llaman, es también olores, costumbres, leyendas, etc., y puede ser abordado desde la estética y la semiótica. Desde esta arista, el espacio como cúmulo de símbolos (sintaxis) que percibirán los individuos, generará significados individuales o colectivos (semiología) en los que las prácticas espaciales reflejarán sus múltiples interpretaciones (hermenéutica). Así, lo simbólico se vincula con cargas de hechos, de tiempo y espacios practicados, de tal forma que muchos espacios son “semiotizados” (por que conocer es “semiotizar”) y pocos son los

simbólicos, ya que, si todos los espacios fueran simbólicos, obviamente se perdería dicho sentido de simbolización (Ledrut, 1973, p. 23).

Partiendo de tal perspectiva y en aras de comprender las prácticas espaciales se gestó desde la antropología urbana un método de análisis que conjuga el *flaneo*, los mapas mentales y la “foto-palabra”, siendo una perspectiva más incluyente que da cabida a relaciones sujeto-objeto. La acepción del *flaneo* proviene del concepto *flâneur*, que significa paseante, utilizado desde el siglo XIX, y se refiere a un personaje observador y con vasta sensibilidad que vivía en las calles, asociándosele con los marginados de la sociedad urbana. Walter Benjamin (1923), inspirado en los poemas de Charles Baudelaire, señala que al recorrer la ciudad como *flâneur* se logra la experiencia de vivirla desde el enfoque semiótico de la significación de la imagen del espacio urbano, ya que al recorrerlo irá creando y asumiendo el escenario cotidiano de la misma, conformado por distintos estímulos sensoriales individuales que a su vez forman constelaciones urbanas en un todo complejo. De esta forma, el *flaneo* es un método para atisbar e interpretar las prácticas espaciales en la ciudad ([video 5](#)).

Por otro lado, el objetivo de los mapas mentales es indagar en los procesos que generan el reconocimiento e interpretación del mundo que tiene cada individuo. Estos mapas mentales se asocian con la cartografía simbólica porque en ellos se pueden representar imágenes individuales o colectivas del espacio ([video 6](#)). La “foto-palabra” se compone de fotografías y entrevistas, su finalidad es motivar la memoria y el recuerdo de situaciones ya vividas al comenzar la entrevista. Las descripciones que proporcionan los entrevistados pueden reflejar su interpretación de lo real y lo imaginario.

Otra perspectiva la ofrece Michael de Certeau (2000), cuya colaboración refleja dos vertientes. La primera está basada en el trabajo de Maurice Merleau-Ponti (1945), trata sobre las diferentes sensaciones que los individuos tendrán en el espacio, porque como “mirones, desde lo alto”, tal y como pueden apreciarse en el siguiente video, fragmentos de la ciudad de Nueva York desde un helicóptero ([video 7](#)). Se tendrá una visión muy distinta a la de “caminante, desde abajo” ([video 8](#)), haciendo énfasis en las diferencias de percepción entre uno y otro generadas por la escala (Certeau, 2000, p. 104).

Al respecto, el autor hace una crítica a la mirada de la ciudad desde un nivel de observación alejado de las prácticas espaciales, en donde la muestra como un simulacro “teórico” semejante a un cuadro que tiene como condición de posibilidad un olvido y en el cual existe un desconocimiento de las prácticas cotidianas y no son posibles las totalizaciones. Por el contrario, elogia la observación de la ciudad como “caminantes”, “desde abajo”, debido a que los individuos se vuelven “practicantes” que configuran múltiples historias por las experiencias “antropológicas” en la ciudad (Certeau, 2000, p. 105).

La segunda es acerca de las prácticas espaciales al connotarlas como “prácticas significantes” en alusión a “lo memorable”, las cuales producen símbolos en los espacios, es decir, se producen espacios significativos. Afirma con esta postura que los espacios significativos, al ser practicados, permanecen en la memoria y se pueden volver a practicar por medio de los recuerdos, volviéndose recuerdos que nos encadenan a un lugar, como lugares encantados que se pueden, o no, evocar; o bien, como un conocimiento que se calla y que solo pasa “entre nosotros”, a “medias palabras” y, que como él mismo lo señala, “los lugares vividos son presencias de ausencias: aquí estaba, pero ya no se ve”.

Un claro ejemplo de lo anterior lo ilustran Wim Wenders y Peter Hanke en la película “Der Himmel über Berlin” / “Las alas del deseo” (1987), en la escena donde el ángel Cassiel actúa como un *flâneur* celestial que escucha los pensamientos del anciano poeta Homer cuando transita por la Postdamer Platz de Berlín de la posguerra, y ya no identifica los lugares que frecuentaba, por lo que empieza a recordar y describirlos como lugares llenos de vida ([video 9](#)). Desde esta perspectiva, cuando recordamos el espacio aparece nuevamente como un lugar practicado, ya que los recuerdos de las vivencias dotadas de significados nos pueden anclar a los lugares (Certeau, 2000, p. 121).

Es en la lógica entre el espacio y la cotidianidad, mediante el binomio espacio-tiempo, el estudio de Marc Augé se refiere al “no lugar” y, para definirlo, abre la discusión sobre las diferentes acepciones que se le han dado al “lugar” desde varias disciplinas. Enfatiza que se le ha concebido como el territorio habitable, como un orden cualquiera según el cual los elementos se distribuyen en relaciones de coexistencia pero que, para explicar la construcción concreta y simbólica del espacio en la cotidianidad, es preciso definirlo como “lugar antropológico” y categorizarlo como “identificador”, “relacional” o “histórico”.

A partir de la noción de “lugar antropológico” aborda los “no lugares” y los relaciona con espacios urbanos de tránsito, así como los flujos peatonales, vehiculares y también de información:

Los *no lugares* son tanto las instalaciones necesarias para la circulación acelerada de personas y bienes (vías rápidas, empalmes de rutas, aeropuertos) como los medios de transporte mismos o los grandes centros comerciales, o también los campos de tránsito prolongado donde se estacionan los refugiados del planeta. (Augé, 1992, p. 22)

Señala que son espacios que carecen de las categorías de identidad, de relaciones o históricas, y que son el resultado de la “sobremodernidad”, es decir, el mundo de la globalización ([video 10](#)). Señala, por último, que paradójicamente los “lugares” y los “no lugares” se oponen y se atraen debido a las distintas realidades del tránsito, de la permanencia en diferentes espacios, la misma estructura morfológica de las edificaciones y las vialidades, en conjunto con todo objeto hallado en las ciudades.²

Un acercamiento a distintas concepciones sobre el espacio

Los trabajos de Euclides que dieron continuidad a los escritos babilónicos que definieron desde la geometría los conceptos de largo, ancho, alto, sólido, vacío y su relación con la generación del espacio mediante el punto, la línea, el plano y el volumen, representaron grandes aportes al campo del conocimiento al retomarse para incorporar nuevas reflexiones. Por ejemplo, desde la óptica aristotélica, el sentido de la vista adquiere mayor relevancia porque el conocimiento visible a todos los demás conocimientos que nos dan los demás sentidos. Y la razón es que la vista, mejor que los otros sentidos, nos da a conocer los objetos y nos descubre entre ellos gran número de diferencias; y en ese tenor relaciona al cuerpo y la naturaleza de la percepción con los conceptos geométricos de largo, ancho, alto, punto, línea, plano, volumen (Aristóteles, (s.f.), p. 47).

Estas reflexiones trascendieron en el devenir histórico. Durante la Edad Media, la influencia del pensamiento aristotélico sobre el concepto de espacio prosiguió, acuñando más acepciones, de manera que se concibió al *locus* como lugar y símil del *topos* aristotélico; *situs*

² Para profundizar sobre la significación e identidad de los espacios, (Véase video 11, La gráfica urbana como generadora de significación en la ciudad <https://www.youtube.com/watch?v=P1zMITQJzGM>).

como la extensión de todo cuerpo en el espacio; y *spatium* como la definición geométrica del intervalo entre dos puntos cualquiera. A partir del Renacimiento, las nociones de espacio relacionadas con la geometría y la cosmología basadas en Platón y Pitágoras adquirieron relevancia, integrando el concepto de infinito. Destacaron los trabajos de Giordano Bruno y Nicolás de Cusa. Al final, con la obra de Descartes sobre el concepto de espacio geométrico con propiedades de largo, ancho y alto, llega a su culmen porque lo relaciona con la materia, es decir, cuerpo y espacio son lo mismo (*res extensa*).

Cabe señalar que las obras de grandes arquitectos de la cultura clásica como Marco Vitruvio Polión, la cual fue la base de otros grandes aportes de arquitectos del Renacimiento como Leonardo Da Vinci y Andrea Palladio, conciben al espacio propiamente desde su aspecto geométrico, ciñéndolo como componente en la estética de la arquitectura y su relación con las proporciones de los objetos y la escala humana.

Ulterior a la Revolución Científica, emergen dos acepciones opuestas sobre el espacio. La primera fue sostenida por Isaac Newton, definiendo “espacio y tiempo absolutos” (*sensorium Dei*) debido a que, al ser el espacio y el tiempo extensiones inmóviles e independientes de los cuerpos que lo ocupan, los fenómenos ocurridos no los afectan, en este caso, espacio y tiempo están por naturaleza, relacionándolos con la omnipresencia, y el ser humano es receptor sensorio de las imágenes de las cosas, pero no de las cosas mismas, tal como Dios las percibe.

En contraposición, la segunda acepción la formuló Gottfried Wilhelm Leibniz: “espacio y tiempo relativos”, afirmando que los cuerpos no son identidades independientes del espacio y el tiempo, dado que los binomios tiempo-movimiento y espacio-cuerpo se hallan

en repetición constante, cuyo entendimiento del individuo en un espacio determinado depende de su percepción sobre las variaciones ocurridas (Leibniz, 1702, pp. 435-436). Debido a lo anterior, espacio y tiempo se conforman por las relaciones entre los cuerpos y los fenómenos (Leibniz, ca.1708, pp. 508-509). A partir de esta óptica, se reconoció que espacio y tiempo son percibidos por la experiencia. Este concepto del espacio fue impulsado ingentemente durante los siglos XVII y XVIII en la doctrina del *empirismo*, iniciado por John Locke y apoyado por Tomas Hobbes y George Berkeley, quienes establecieron a la experiencia sensorial como la fuente de todo conocimiento del mundo.

Más tarde, otra valiosa perspectiva que robustece la visión empírica la incorporó Kant, cavilando una concepción de espacio y tiempo relacionada con el espíritu humano y estableciendo la *sensibilidad* como forma *a priori* de la mente y fundamentación de toda representación anticipada de todo conocimiento: la llamó “intuición pura”. Al respecto, Kant (1781) afirmó que necesitamos representar el espacio para comprender los fenómenos externos al cuerpo, pues el espacio, al ser la intuición pura, se vuelve omnicomprendivo (pp. 44-46). Asimismo, sostiene que la experiencia solo es posible por medio de la representación de una necesaria conexión de las percepciones y, a razón de ello, percibir implica reconocer el espacio (p. 151).

Es de tal guisa que los estudios más recientes sobre el espacio continuaron definiéndolo como el continente de todo objeto material y que “...en lugar de imaginarlo como una especie de éter en el que estarían inmersas todas las cosas, o concebirlo abstractamente como un carácter que les sería común, debemos pensarlo como el poder universal de sus conexiones” (Merleau-Ponty, 1945, p. 258).

Si bien el fenómeno senso-perceptivo ha sido discutido desde la época aristotélica para comprender cómo se obtiene el conocimiento de todo lo que está fuera del cuerpo, es decir, en el espacio, en recientes estudios el fenómeno de la percepción adquirió ingente relevancia no solo para los científicos, también para los psicólogos, arquitectos, geógrafos, urbanistas, sociólogos, antropólogos, entre otros. Por ejemplo, la disciplina de la arquitectura se había enfocado en analizar la morfología y función del espacio “geométrico”, del espacio “físico”, en términos de estética y antropometría; no obstante, recientemente la atención se encauzó hacia al fenómeno senso-perceptivo y los significados (Ching, 1998; Clark y Pause, 1996).

Esta nueva mirada permeó también en el diseño urbano al conformarse la ciudad por la suma de arquitecturas. Al respecto, Kevin Lynch (1998) señala que la imagen ambiental de una ciudad posee tres componentes básicos: identidad, estructura y significado, que son distintos niveles de realidad en los cuales se puede percibir e interpretar el espacio edificado (p. 17). Afirma que cada ciudad tiene su imagen pública conformada por una serie de imágenes individuales, por lo que realiza un análisis basado en los objetos físicos y perceptibles sin atender otros aspectos como el significado social de una zona, su función o su historia.

Dado que Lynch deja claro que su objetivo es analizar la función de la forma y en ese tenor identifica cinco tipos de elementos de análisis en la ciudad: sendas, bordes, barrios o distritos, nodos o núcleos y mojones, mejor conocidos como hitos (pp. 62-63). Cabe subrayar que su propuesta permite un primer aterrizaje de análisis que facilitará, después, abordar aspectos semióticos al analizar las prácticas espaciales, debido a que estos elementos están interrelacionados. Por

ejemplo, podemos encontrar nodos con carácter simbólico que lleguen a ser también identificados por el observador como hitos, sendas que funcionen como bordes o sendas que se reconozcan como barrios lineales debido a su concentración. Es aquí donde es preciso hacer énfasis en el reconocimiento de la escala de trabajo: un nodo puede ser a nivel local una esquina o una estación de transporte, pero, a nivel nacional, un nodo puede ser la ciudad misma.

En añadidura a la identificación de elementos en el espacio para analizar la forma y su función, Aldo Rossi (1971) señala al tiempo como parte de la continuidad espacial de la ciudad, y, por ende, fundamental en la percepción y comprensión del espacio urbano. Al reconocerse el tiempo se reconocen los hechos urbanos como “todos aquellos elementos que encontramos sobre cierto territorio” (p. 111) donde “todo cambio de un hecho urbano presupone un salto cualitativo” (p. 113), de tal forma que para analizar la estructura de los hechos urbanos es indispensable identificar la relación de la tipología edificatoria con la morfología urbana de sus fragmentos en diversos momentos.

En estos fragmentos o sectores, el barrio es la unidad primigenia morfológica y estructural que tiene contenido social relacionándose entre sí a lo largo de los procesos históricos, de tal manera que su imagen puede ser distinta entre uno y otro, o bien, en un mismo barrio haberse transformado su imagen en el curso del tiempo. Ahora, la imagen es la suma de las arquitecturas, todo elemento construido que a lo largo del tiempo va adquiriendo significados diferentes (p. 163), por ello Rossi sostiene que la ciudad es una manufactura y una obra de arte y que para comprenderla es fundamental analizar su arquitectura,

porque es el modo de hacer ciudad, y es la misma que ofrece signos del modo de vivir, testimonios de la conciencia colectiva (p.171-172).

La relevancia de sus aportaciones en el estudio el espacio urbano radica en que reconoce la individualidad y evolución de los hechos urbanos donde el *locus* y la arquitectura proporcionan las cualidades para su comprensión a través de “puntos singulares” (el símil de los nodos e hitos de Kevin Lynch), en conjunto con los acontecimientos y sus significados que configurarán la memoria colectiva (pp. 186, 188, 226).

Tocante a la relevancia de la arquitectura en el estudio del espacio, Rem Koolhaas (2014) tilda que ha imperado el “hacer arquitectura” sobre aprehender el espacio urbano porque “el ingenio de la arquitectura es su seducción: define, excluye, limita, separa del *resto*; pero también consume. La arquitectura explota y agota las posibilidades que en última instancia solo pueden ser generadas por el urbanismo y que solo la imaginación específica del urbanismo puede inventar y renovar” (pp. 16-17), en el entendido de que, a causa del crecimiento demográfico y el desarrollo poco o nulamente planificado de las ciudades, se han generado espacios carentes de experiencias sensoriales placenteras.

Por otra parte, hace una crítica a las edificaciones de grandes escalas. En primer lugar, porque como forman parte del tejido urbano deberían de corresponder a cualidades de los distintos espacios colindantes (pp. 23, 30); en segundo lugar, debido a que en un “edificio grande” prima la funcionalidad de sus conexiones interiores para que funcionen sus diferentes instalaciones electro-mecánicas (pp. 24, 32) en lugar de otorgarle composición a su volumetría mediante los cánones estilísticos arquitectónicos; en tercer lugar y en relación con lo anterior,

porque carecen de imagen apropiada, dado que sus fachadas no reflejan sus actividades al interior (pp. 25, 31); en cuarto lugar, porque existe incongruencia entre la calidad de las grandes edificaciones y su impacto en el espacio, siendo este último, la mayoría de las veces, negativo; y en quinto lugar, debido a que edificar arquitecturas de gran tamaño no implica que adquirirá la cualidad de grandeza, es decir, que sea significativa en el espacio urbano (pp. 25, 33).

Koolhaas además pormenoriza sobre el acorralamiento de las identidades urbanas ante el fenómeno de la gentrificación, señalando que se ha generado convergencia debido a la masiva construcción de vialidades, tales como túneles, circunvalaciones o subterráneos para conectar espacios que han transformado sus usos habitacionales en oficinas o comercios, connotando el resultado de estos sucesos como “la ciudad genérica” (pp. 38-39, 43-44). Evidentemente, estas transformaciones en los espacios urbanos a razón del cúmulo de edificaciones producen espacios residuales a los que el autor se refiere como “espacios basura”, los cuales son desde los espacios vacíos resultantes de las instalaciones del aire acondicionado en los edificios, los espacios ilegibles, abandonados, los umbrales entre los espacios públicos y privados, o bien, los espacios carentes de identidad (pp. 72-75).

Otra faceta sobre la percepción del espacio, pero en relación con el movimiento, son las circulaciones o recorridos como los hilos perceptivos que vinculan los espacios de los edificios o que reúnen cualquier conjunto de espacios interiores o exteriores en la ciudad. Debido a que nos movemos en el tiempo, a través de una secuencia de espacios, experimentamos un espacio en relación con el lugar que hemos ocupado anteriormente y al que vamos a acceder. Desde el ojo

del arquitecto o del urbanista podemos pensar en algunos criterios formales como las diferentes aproximaciones a un edificio (frontal, oblicua, espiral) o la configuración del recorrido en un edificio y la ciudad misma (lineal, radial, espiral, en trama, rectangular, compuesta), los cuales se pueden utilizar para diseñar espacios arquitectónicos o urbanos. No obstante, es de suma importancia considerar el movimiento en el análisis del espacio urbano, debido a que puede comunicar una sensación de libertad, puede vivificar un escenario que sin él parecería muerto, y juega un papel primordial en la conformación y comunicación de la imagen urbana, no solo en su estructura, sino también en su significado.

En esta tesitura ha sido la contribución de Donald Appleyard (1970), quien afirma que, por medio de los órganos de los sentidos, el observador organiza los componentes del mundo perceptible, de tal manera que cada persona ve el medio circundante de distinto modo, siendo importante la relación de los movimientos propios (sentido cenestésico) del individuo con el movimiento aparente del medio: las experiencias perceptivas no serán las mismas en un individuo que circula a pie que las del que viaja en autobús, o bien, el que conduce un automóvil (pp. 176-178).

Su propuesta trata de secuencias porque “atravesar una ciudad constituye una verdadera secuencia de experiencias” (p. 183) y de esta forma las secuencias fungen como medio dinámico en el que el viajero se desenvuelve según sus propios propósitos, modelando a su vez dicho medio, su experiencia. Las secuencias pueden ser de gran importancia al diseñar debido a que sirven de instrumento para espigar información acerca de la ciudad, de su estructura y su significado.

Algunos de los elementos que nos ayudan a estructurar dichas secuencias son: la forma sensorial (sucesión de movimientos de masa, espacio, luz, detalles de la superficie, etc.), el cómo se revela la imagen (la manera en que se presenta la información al viajero) y la estructura de la atención (sus dimensiones son el tiempo y el ritmo) (pp. 184-185). Sostiene que se pueden desarrollar sistemas de secuencias por medio de caminos y conexiones, o bien, por medio de la relación con otros sistemas de secuencia de la ciudad.

Se puede decir que la ciudad es un espacio en constante movimiento en el que sus habitantes tienen que desarrollar la capacidad de captar toda la información del exterior mientras recorren sus calles a diferentes velocidades. El peatón la percibe de un modo diferente que las personas que transitan a bordo de un vehículo. En estos escenarios la complejidad del entorno y la ambigüedad informativa hacen que el cerebro humano se vea obligado a procesar cantidades excesivas de información para ser percibida e interpretada de acuerdo con el cúmulo de datos que cada individuo tiene como parte de su propia cultura, porque a través de su experiencia sensible se ubica dentro de un continuum permanente donde el espacio es un elemento indispensable en la organización social de los habitantes, del forma que no es espacio, es “relaciones”. Dichas relaciones simples y complejas fluyen como un continuum en la interacción dialéctica que se realiza entre todos los elementos que lo conforman y, visto como un fenómeno complejo, se hace necesario analizarlo desde la óptica de la transdisciplinariedad.

Conclusiones

El espacio visto como un fenómeno complejo que debe ser estudiado desde la transdisciplinariedad a través distintos enfoques

que nos ayuden a concebirlo de manera integral, o sea que hay que abordarlo y analizarlo desde esos inter-espacios no definidos, que sobrepasan los límites pero que nos ayudan a entenderlo mejor. Para ello se han mostrado algunas categorías de percepción del espacio, de identidad del sujeto, así como la significación de sitios como resultado de la interacción dialógica que existe entre los habitantes o transeúntes de un lugar y el espacio en que se encuentran.

Pensar al espacio sin la presencia de los humanos facilitaría su estudio, sin embargo, la realidad se hace más compleja si tomamos en cuenta que su interacción con el medio no es únicamente física, sino que intervienen muchos otros aspectos que tiene que ver con los distintos sistemas biológicos e intelectuales de los sujetos y sus relaciones. Justamente esta dinámica es lo que nos hace pensar al espacio como un fenómeno complejo, al cual es necesario estudiar desde la transdisciplinariedad identificando distintos niveles de Realidad para el desarrollo de nuevos conocimientos que nos ayuden a abordar los diversos problemas en la definición y construcción del espacio.

De acuerdo con lo anterior, el espacio de relaciones visto como un fenómeno complejo puede ser observado, analizado e interpretado a partir de los niveles de Realidad propuestos por Nicolescu (1996), que puede ser entendido desde su conformación física, natural y conceptual Sin embargo, los distintos niveles de Realidad se hacen presentes a partir de las distintas relaciones e interacciones entre sujeto-objeto.

De acuerdo con Morin (2011), “el tejido de eventos, acciones, interacciones, retroacciones, determinaciones, azares, contradicciones, que constituyen nuestro mundo fenoménico” (p. 17) se puede entender

al espacio de relaciones como un fenómeno complejo en donde existe gran cantidad de elementos que se presentan como un tejido inseparable y que pueden ser clasificados de muy diversas maneras, de acuerdo a su naturaleza viva o muerta, clasificados en humanos e inhumanos, estáticos y móviles, pero que no pueden ser separados porque funcionan como un “todo”, lo que permite pensar un poco más en la complejidad de una realidad en la cual los principios de abstracción, disyunción y reducción ya no funcionan adecuadamente.

En esta tesitura, no se puede entender al espacio simplemente como el resultado de una construcción física de calles y espacios abiertos, ni pensar que la gente que lo habita y las actividades que se desarrollan, son el resultado mecánico de su construcción; por el contrario, es necesario reconocer que es un espacio intervenido de manera activa y constante por sus habitantes, quienes, a través de sus múltiples experiencias senso-perceptivas, le otorgan diversos significados que llevan a concebirlo en diferentes niveles de comprensión.

A razón de lo anterior se trataron las contribuciones de Michel de Certeau (2000) y Marc Augé (1992). Por un lado, porque Michel de Certeau (2000) enfatiza que para analizar el espacio será necesario observarlo en diferentes escalas, ya sea como “mirones”, “desde lo alto”, es decir, posicionarnos en una escala global, o bien, como “caminantes”, “desde abajo” en una escala local (y para él, la más importante), en la que precisamente podremos observar las prácticas espaciales, las cuales, como productoras de significados, se convierten en “prácticas significantes” posibles de volverse a practicar en la memoria, mediante los recuerdos.

Por otro lado, porque en este espacio de relaciones que Augé (1992) define como “lugares” y los “no lugares”, se hacen presentes realidades antagónicas, que existen al mismo tiempo en el mismo espacio, que vistas desde el enfoque del pensamiento dialógico propuesto en la teorías de la complejidad, se hacen presentes distintas categorías de percepción e identidad por medio de las que los sujetos dotan de distintas significaciones a un mismo fenómeno o, dicho en otras palabras, las distintas percepciones que pueden tener al recorren un lugar a pie, en un transporte o visto desde el aire.

Lo anterior es plenamente comprensible dado que, tal como se argumentó en este trabajo, el espacio no es espacio, es “relaciones”, tomando en cuenta la multiplicidad de interacciones que se llevan a cabo entre todos y cada uno de los elementos que lo componen, pues la relación sujeto-objeto es un continuum en el espacio. En este binomio de relación, el proceso de la percepción adquiere características propias porque se realiza de manera subjetiva, no es un simple proceso sensorial, sino una conducta psicológica compleja del sujeto a través de cual es posible reconocer distintos aspectos de la cultura e identidad del sitio. Por lo tanto, el espacio se puede llegar a reconocer como el reflejo de la sociedad que lo construye y lo habita.

Este texto es únicamente un somero acercamiento al análisis del espacio, el cual no agota las posibilidades de futuros abordajes que, si bien ahora se ha hecho desde el punto de vista de reflexiones teóricas, merece ser trabajado desde un enfoque teórico-metodológico, latente interés situado en el tintero de las autoras.

Referencias

Aristóteles, (s.f.). *Metafísica*. Libro primero. Capítulo VII. Refutación de las opiniones de los antiguos acerca de los principios. Edimat Libros

Appleyard, D. (1970). El movimiento, la secuencia y la ciudad. *El movimiento: su esencia y su estética*. Editorial Novaro S.A. Versión castellana de Agustí Bartra y Sergio Madero.

Augé, M. (1992). *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa.

Benjamin, W. (1923). Sobre algunos temas en Baudelaire. *Ensayos escogidos*. El cuenco de plata.

Ching, F. D. K. (1998). *Arquitectura. Forma, espacio y orden*. Gustavo Gili.

Clark R. H. y Pause, M. (1996). *Arquitectura: temas de composición*. Gustavo Gili.

Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano, 1 artes de hacer*. Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente.

Haidar, J. (2005). La complejidad y los alcances de la categoría de semiosfera. Problemas de operatividad analítica. *Entretextos. Estudios Iberoamericanos sobre la semiosfera*, 107- 119.

Kant, I. (1781). *Crítica de la razón pura*. Editorial Taurus.

Koolhaas, R. (2014). *Acercas de la ciudad. ¿Qué fue del urbanismo? Grandeza, o problema de la talla. La ciudad genérica. Espacio basura*. Gustavo Gili.

Ledrut, R. (1973). *Les images de la ville*, Anthropos.

Leff, H.; Gordon, L., y Ferguson, J. (1974). Cognitive Set and Environmental Awareness. *Environment and Behavior*. (1), 395-447.

Leibniz, G. W. (1702). Examen de la física de Descartes. Mayo de 1702, G. W. Leibniz. *Escritos filosóficos*. en Ezequiel de Olaso (Ed.), traducido por Roberto Torretti y Tomás E. Zwanck. Charcas.

Leibniz, G. W. (1708). Consecuencias metafísicas del principio de razón. Ca. 1708. G. W. Leibniz. *Escritos filosóficos*. Traducido por Roberto Torretti y Tomás E. Zwanck. Charcas.

Lotman, I. M. (1996). *La semiosfera. Semiótica de la cultura y del texto*. Ediciones Cátedra. Universidad de Valencia.

Lynch, K. (1998). *La imagen de la ciudad*. Gustavo Gili.

Merleau-Ponty, M. (1945). *Fenomenología de la percepción*. Editorial Planeta-De Agostini.

Moreno, L., & Acosta, C. (2015). El espacio público como fenómeno complejo: Diseño e interacción no unidisciplinar en construcción del entorno humano. *Taller Servicio 24 horas (22 bis)*, 7- 16.

Morin, E. (1996). *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa.

Nicolescu, B. (1996). *La Transdisciplinariedad. Manifiesto*. Multiversidad Mundo Real Edgar Morin, A.C.

Nicolescu, B. (2006). Transdisciplinariedad: pasado, presente y futuro. 1a parte. *Visión Docente Con- Ciencia*, VI (31), 15-31. http://www.ceuarkos.edu.mx/vision_docente/revista31/t3.htm

Rossi, A. (1971). *La arquitectura de la ciudad*. Gustavo Gili.

Referencias de videos

Video 1: Canal CEIICH UNAM. (13 de enero de 2006). *La complejidad Hoy / Edgar Morin* [Archivo de video]. YouTube. https://www.youtube.com/clip/UgkxbPLy12d2UF3cy6P-s8A_yOudNekpNIXN (fragmento)

Video 2: Canal CEIICH UNAM. (13 de enero de 2006) *La complejidad Hoy / Edgar Morin* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/clip/UgkxRpRpdvNSpJ8AfPNxwFuJVoDfoI2Y3qwj> (fragmento).

Video 3: Canal Multiversidad Mundo Real Edgar Morin. (11 de diciembre de 2018). *Entrevista exclusiva Sr. Alexander Pomposo (MMREM) a Basarab Nicolescu (CIRET)* [Archivo de video]. YouTube. https://www.youtube.com/clip/Ugkxf5MenXxvyWVHfh2mJPya_knxLGZe_Z2W (fragmento)

Video 4: Canal Multiversidad Mundo Real Edgar Morin. (11 de diciembre de 2018). *Entrevista exclusiva Sr. Alexander Pomposo (MMREM) a Basarab Nicolescu (CIRET)* [Archivo de video]. YouTube. https://youtube.com/clip/UgkxR7K9-6y9w8kkD4t_gJF7vl8HWqyQv0Du (fragmento)

Video 5: Canal D3picospardos. (13 de mayo de 2020). *Breve introducción a la figura del flâneur decimonónico* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/UNunwk4dKS8>

Video 6: Canal FaHCE UNLP. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata. (15 de enero

de 2018). *3 Entrevistas sobre metodología de la investigación Cartografía social* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtube.com/clip/UgkxPogKIvq8Oh03oNGpglwyHYoQv43tUMsr>

Video 7: Canal Desnortados. (20 de marzo de 2019). *Sobrevolar Nueva York en helicóptero* [Archivo de video]. YouTube. https://youtube.com/clip/UgkxJMseuhlJV_3fR60ZkXODSyejwFse-_LI

Video 8: Canal El Caminante Viajero. (8 de abril de 2021). *Recorriendo las calles de Nueva York NYC 2021* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtube.com/clip/UgkxfsWZvTVrJ9iGmV4yRSKX1Wmu8yD5yBbV>

Video 9: Canal Roberto A. Cabrera. (28 de enero de 2016). *Wings of Desire 1987 Fragmento* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtu.be/pDF8vWGi7cw>

Video 10: Canal Mariani Gianluca. (3 de mayo de 2022). *Los No Lugares* [Archivo de video]. YouTube. <https://youtube.com/clip/Ugkx5ZLs0LCFpvdEV3hbvYIsGVEpdcMvqUxW>

Video 11: Canal Seminario Semiótica UAM Azc. (20 de marzo de 2021). *La gráfica urbana como parte contextual de la ciudad. María Teresa Olalde* [Archivo de video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=P1zMITQJzGM>